

Carne asada y lluvia de septiembre

David L. Quintana Rubio*

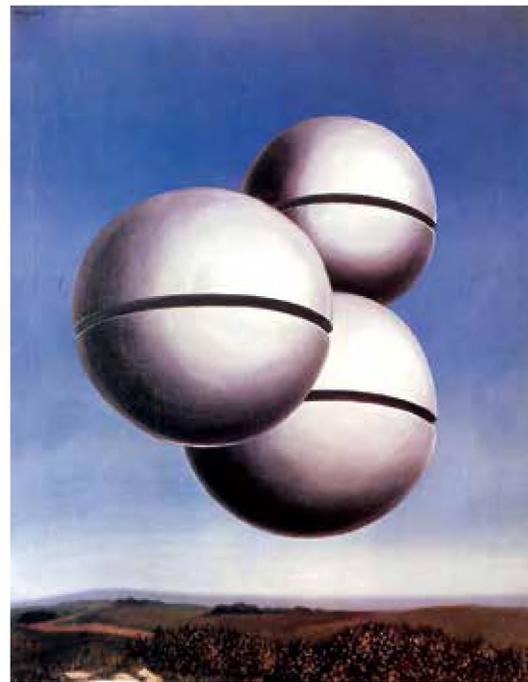
En esta ciudad, el clima es un niño caprichoso. A veces reniega y otras se comporta. Sin embargo, la lluvia siempre es bienvenida porque visita poco y cuando lo hace es de entrada por salida. No saluda ni acepta tomar asiento, simplemente llega y se va tan pronto se percata alguien de su presencia. Pero hoy no es así. Empezó a llover desde hace varias horas y la lluvia se siente como en casa.

Emma me pregunta si se cancela el plan de la carne asada que está programada para las 8 de la noche. Le recuerdo que el asador tiene ruedas y que hay dónde guarecerlo del agua. El patio trasero es amplio, la mitad tiene zacate de un orgulloso verde y la otra es una losa mal puesta de concreto agrietada, pero firme. La cochera llega desde el frente de la casa hasta el patio trasero. El auto es cubierto con un tejaban amplio de lámina. La lluvia no echará a perder nada, al contrario, las brasas del carbón de madera y el agua fresca cayendo a nuestro alrededor invitan al disfrute.

Abro la bolsa de carbón, coloco el asador en posición, pongo una mesa portable a su lado donde estarán los condimentos, la carne puesta en una olla con su oloroso marinado, las papas y cebollas de rabo envueltas en papel aluminio, el guacamole, las tortillas y las salsas. Debajo de la mesa, hay una hielera que espera ansiosa la llegada de los invitados cargados de cerveza porque no hay mejor compañía para la carne asada.

Emma observa con atención lo que hago, es su primera "carnita asada". Limpio con técnica y orden la parrilla del asador con una cebolla blanca. Coloco un poco de papel periódico en el centro y como tumba en pirámide, queda el trozo de "Deportes" enterrado en un montón de carbón.

Emma trajo camino a la casa todo, excepto una cosa: el aceite para asador. Se da cuenta de la omisión hasta que es necesario usarlo y me ruega que le espere, que ella puede volver en



La voz de los vientos, 1928, René Magritte

cinco minutos con el artículo. Emma, por una razón que conozco perfectamente, cree que estropeará la velada de todo el mundo con su descuido. Insisto en que no es necesario, pero toma las llaves y parte a quién sabe dónde con la urgencia de tapar su error a la vez que me pregunta si es "fogatol" o "fogasol", mientras da de reversa en su *Jetta* verde.

Resuelvo su duda, ella se va y me quedo escuchando el golpeteo de las gotas en la lámina. Vuelvo a la casa, tomo un abanico que usó Emma como utilería en una obra de teatro. Insisto con mis cerillos, mi aliento, el abanico y cuando el *Jetta* vuelve a parar en la cochera, las llamas comienzan a hacer tronar al carbón con ondulantes y modestas lenguas rojas que liberan esos puntitos brillantes que sobran de la combustión y que de niño pensaba que podían dejarme ciego si me caían directamente en los ojos.

Cuando el carbón se ha consumido en buena parte, lo distribuyo en el asador para formar una cama de brasas que ruegan preparar alimentos. Coloco las papas envueltas debajo de la parrilla, en las orillas de la cama de fuego para que se cocinen. La lluvia se mantiene serena, sin caprichos, constante y dadivosa. El tiempo se ralentiza con cada gota. La luz del sol que logra pasar a través de las nubes, dando a todo el espacio un tono azulado se refresca con el rocío del agua como la cerveza que al fin es puesta en la hielera por los amigos de toda la vida que acaban de llegar.

El hielo sumerge las latas, las botanas comienzan a crujir en los dientes de los presentes,

Los siete borrachos no paramos de reír, de platicar anécdotas de la preparatoria, de ponernos al corriente de la vida de cada cual. Las brasas en el asador dan sus últimos alientos, así como la reserva de alcohol.

la carne comienza a ser torturada en la parrilla caliente y sedienta de sangre. El olor del marinado, una mezcla de salsas y un poco de cerveza clara inundan el espacio que es ahora territorio del asador. Una brisa delgada baja y pone la piel de gallina a más de uno. El apetito se abre pero el inesperado frío busca ahuyentarnos. Nos la arreglamos para poner una fogata modesta en el centro del escenario con ayuda de un oxidado balde, unas piedras, el carbón sobrante y un chorro del "fogatol".

La noche llegó acompañada de la lluvia, las panzas están al tope y la dotación de cerveza comienza a ceder. La fogata improvisada se mantiene con vida gracias a una cómoda de madera que tuve de niño y que aún conservaba. Me dio gusto verla arder. Siempre la odié. Fue una "herencia" de mis hermanas al llegarles a cada una un cuarto propio con una cómoda nueva. Me recordaba constantemente que el rosa no me gustaba y que mis padres tenían dinero para ellas y no para mí. Emma se percata del sometimiento que sufro ante los recuerdos que casi parecen gritarme los trozos de madera astillados mientras ceden con la lumbre.

Los siete borrachos no paramos de reír, de platicar anécdotas de la preparatoria, de ponernos al corriente de la vida de cada cual. Las brasas en el asador dan sus últimos alientos, así como la reserva de alcohol. La lluvia se detiene y los invitados se despiden amenamente.

Así acaba el domingo. Como siempre: anticlimático, sordo y sin ánimos. Siempre odié los domingos. Desde niño me hacen sentir ahogado, encerrado y sin escapatoria de la horrible verdad de los ciclos de la vida cotidiana. La ansiedad y la angustia me atacan cuando el reloj se acerca a las doce de la tarde.

Tardo una eternidad en guardar y limpiar todo el desorden que quedó por el evento. Emma está dormida en un sillón. No está acos-

tumbrada a comer tanto. Lo último que queda es la fogata y no quiero apagarla. Me consume la idea de apagarla. Siento como si al hacerlo, le diera permiso al mundo de renovar el ciclo y obligarme a pasar cada etapa hasta llegar al mismo punto en el

que estoy. No quiero volver a pasar ningún otro domingo. Me opongo totalmente a someterme de nueva cuenta a la vaciedad de "vivir". Como si esto fuese vivir. Como si pudiera ignorar que este pensamiento me abandona. Siempre está ahí. En mi trabajo, en mis libros, al pagar las cuentas, en el cine, en la cama con Emma, en el grupo de amigos que aparentan felicidad, en la casa que no me refugia del mundo sino que me acerca a él.

Apago la fogata, tomo la sombrilla de Emma y parto hacia la calle. Tal vez se dé cuenta hasta que amanezca, pero con lo borracha que quedó tal vez no se percate de mi ausencia hasta más tarde. Camino decididamente por la lluviosa avenida, donde todo está apagado y cerrado. No voy hacia ningún lado en especial, sólo caminaré hasta que me pierda en la lluvia, hasta que la misma lluvia me disuelva en mis propios elementos, hasta que acabe en algún lugar donde no haya domingos.

*Estudiante de la Licenciatura en Historia, UACJ.

Fecha de recepción: 2016-06-09

Fecha de aceptación: 2017-05-31